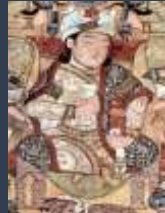




Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

24 – Edamor aparece de nuevo

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 24 – Edamor aparece de nuevo



Los musulmanes no tardaron en apoderarse de la ciudad, y el rey envió entonces a un heraldo a que anunciara la siguiente proclama:

“Aviso para la comunidad de Muhammad y los ejércitos del Islam: es voluntad de Su Majestad el sultán conceder permiso para saquear, matar y capturar a las mujeres y niños de esta ciudad”.

El saqueo de El-Aflâq se prolongó durante tres días y tres noches. En cuanto hubieron conquistado la ciudad, el visir Shâhîn, que había reunido a sus mamelucos personales, les había dado órdenes de derribar una buena parte de la muralla, y que, una vez aplanado el terreno, lo labraran con arados atados a unos asnos, sembrando cebada, y regándola para que creciera en primavera. De ese modo se cumplió el juramento del rey El-Zâher. Éste, que se había retirado a su pabellón, dividió su ejército en tres grupos: el primero, quedó encargado de saquear la ciudad y trasladar el botín fuera de las murallas en donde sería guardado por un destacamento especial, esperando hasta que fuera repartido equitativamente; el segundo, se encargaría de matar a los hombres al filo de la espada y capturar a las mujeres y a los niños; el tercero, finalmente, se ocuparía en destruir e incendiar los edificios. Tres días más tarde, en donde antes se levantara la ciudad de El-Aflâq, ahora solo se podía apreciar una llanura desolada y estéril.

Los principales jefes ismailíes, Sulaymân el Búfalo, Asad El-Dîn el Ceñudo y compañeros, no se contentaron con capturar a las mujeres y a los niños; también se ofrecieron voluntarios para colaborar en la demolición. Mientras recorrían las calles de la ciudad, de pronto vieron, colgada a la entrada de un callejón sin salida, la armadura de Edamor. Al lado, había una carta escrita de su puño y letra y con su sello, que decía así:

“Tú, que has llegado a este lugar, has de saber que este sitio está bajo mi protección”.

– ¡Mirad, qué cosa más extraña! –exclamó Sulaymân– No hay duda, es la armadura de Edamor el Paladín y esta letra es la suya. ¡Esto es muy raro; nos habían dicho que había muerto en el campo del honor! Tengo que ir a aclarar este asunto.

Ordenó a sus hombres que le esperaran; penetró en el callejón, acompañado tan solo de su padre Asad El-Dîn, y, cuando llegaron al fondo del impasse, vieron una puerta tachonada con clavos de oro, delante de la que había colocado un sillón. Sentado en él

había un hermoso joven franco, que, al verlos llegar, se levantó rápidamente y fue a su encuentro; se trataba, por supuesto, de Constantino.

– Perdóname la vida, *ghandar* –imploró.

– No tienes nada que temer, muchacho –le tranquilizó Sulaymân–. Desde el momento en que las armas del emir Edamor están aquí expuestas, todo este barrio está a salvo... Pero, de todos modos, nos gustaría saber dónde está enterrado Edamor, para informar a nuestro *dawlatli*, el rey El-Zâher.

– ¡Alegraos, musulmanes! –respondió el joven– Por mi religión, Edamor está conmigo, en mi casa; yo le curé sus heridas y le di la mejor hospitalidad que se pueda dar, desde el día en que cayó en la batalla del puente, hasta hoy mismo.

– ¡Muchacho, si eso es así, es que Dios, exaltado sea, ha decretado tu fortuna! –exclamó Sulaymân– Pero ¿dónde está tu huésped?

– Por favor, entrad; voy a conducirlos hasta él.

Guiados por Constantino, los dos *fidauis* penetraron en el palacio, que les impresionó por sus vastas proporciones y su rica decoración. Llegaron por fin a una estancia situada en el último piso, y encontraron a Edamor, sentado en el sitio de honor, rodeado de criados atentos a sus órdenes. Cuando vio entrar a Sulaymán y a Asad El-Dîn, se levantó inmediatamente, adelantándose para recibirles, y los tres hombres se abrazaron, derramando lágrimas de alegría.

– ¡Emir Edamor; así que estás vivo! –exclamó Sulaymân El Búfalo– ¡Cuando pienso en el sultán, que te ha estado llorando noche y día!

Sin esperar a más, se fueron a ver al sultán, acompañados de Constantino. Al salir del callejón, Sulaymân dejó un puesto de guardia, con órdenes de impedir la entrada a cualquiera, y de velar porque ese barrio fuera respetado.

Mientras tanto, al sultán, que permanecía en su pabellón, fuera de las murallas, le vinieron a anunciar la llegada de Edamor, sano y salvo. Loco de alegría, se levantó de un brinco, y se fue en persona al encuentro de su compañero: pues era de todos conocido que le profesaba un gran afecto, y le quería más que a su propia vida; los dos hombres se dieron un fuerte abrazo; luego, el rey cogió a Edamor de la mano y lo sentó a su lado.

– ¡Mi querido emir Edamor, aquí estás! ¡No me lo puedo creer! Pero, dime, ¿qué te ha sucedido?

– Comendador de los creyentes, como se suele decir: “Aquel al que Dios ha decidido librar de la muerte, nadie podrá matarle”. El Señor, exaltado y alabado sea, me ha salvado gracias a tu actitud benevolente. Pero, ya que la existencia de la Causa primera, no prejuzga la de las segundas causas; el mérito en realidad es de Constantino, mi salvador y benefactor, y, si deseas honrarme, manifiéstale tu generosidad. Él te pide que le dejes con vida y no destruyas el barrio en el que vive.

– Dios te salve, Constantino –asintió el rey–. ¡Por mi cabeza te juro, que, si me hubieras pedido dejar en pie la ciudad entera, te lo habría concedido de todo corazón!

Ahora bien, en ese momento, Angobar había sido enteramente arrasado, y no quedaba ni rastro del puente excepto, bien entendido, el barrio en el que residía Constantino. Los soldados habían saqueado todo lo saqueable, y el botín se encontraba ya bajo una buena guardia; solo quedaba allí un campo de ruinas desiertas, sobre el que volaban los cuervos y ululaban los búhos.

– Dime, Constantino, ¿qué piensas hacer ahora? –prosiguió el rey– Como puedes comprobar, la ciudad ya no existe: desde luego, se ha respetado tu barrio, pero, hijo mío, ¿cómo vas a vivir aquí solo en un páramo en ruinas?

– ¿Y qué otra cosa puedo hacer, oh, *rey*? –suspiró el joven– Lo hecho, hecho está. ¡Ojalá que el castigo caiga sobre la cabeza de Yauán! ¡Él nos arrastró a este infierno, para después abandonarnos a nuestra suerte!

– Escúchame Constantino; colma tus buenas acciones para con nosotros y abraza el Islam. Yo te llevaré conmigo a mi país; te trataré con los mayores honores y te concederé un alto cargo entre los grandes de mi reino. Arranca la impiedad y aligera tu corazón; has de saber que no hay más religión verdadera que el Islam, y que la Ley de Nuestro Señor Muhammad, tras el que Dios no enviará otro profeta, ha derogado todas las leyes que le han precedido, reemplazándolas por la Palabra revelada de Dios.

El sultán siguió hablando así durante mucho tiempo, acumulando pruebas y argumentos adecuados para convencer a todo hombre de buen juicio; mientras, Constantino, pensativo, escuchaba con los ojos fijos en el suelo. Cuando El-Zâher acabó de hablar, se quedó un momento en silencio; luego, levantó los ojos, y declaró con firmeza:

– Oh, rey, ¿qué debo hacer para tener el honor de abrazar el Islam? –preguntó Constantino.

– Di: “Yo doy testimonio de que no hay más divinidad que Dios, y atestigo que Nuestro Señor Muhammad es Su servidor y Su profeta”.

De ese modo, Constantino, con los cuatro dedos de la mano doblados, y el índice extendido, juró la unicidad de Dios y la misión profética de Nuestro Señor Muhammad.

– ¡Ojalá disfrutes de la paz, la alegría y el honor de lo que se te acaba de otorgar, Constantino! –le felicitó el rey– Pero, ahora que eres musulmán, tienes que ofrecer esa posibilidad a los tuyos.

– Según se dice, Constantino se fue inmediatamente a su palacio y aconsejó a sus parientes y criados que siguieran su ejemplo; pero todos lo rechazaron, hasta su propia esposa. Así que el joven tuvo que condenarlos a muerte; luego, reunió todos sus bienes y vino a ofrecérselos al sultán, que ordenó que se los guardase, y le trató con enorme cariño.

– Constantino –le dijo– tu nombre no es adecuado para un musulmán; así que, con el permiso de Dios, yo te doy el nombre de Abdallah.

Además de ese nombre, conservó, como segundo, el de Constantino. El rey le circuncidó en ese mismo momento, confiriéndole de ese modo la corona del Islam, y le prometió que, en cuanto llegaran a El Cairo, le buscaría una esposa, le daría el serrallo de Bâdîs como residencia, y le concedería un rango elevado entre los grandes de su corte.

Una vez cumplida esta tarea, envió a buscar a Mangoberto; cuando apareció, cargado de cadenas, el sultán le apostrofó con un vozarrón tan terrible, que el *babb* creyó que iba a caer fulminado por un rayo:

– ¡Perro miserable! ¡Vergüenza de los reyes francos! ¡Maldito canalla! ¿Cómo te has atrevido a querer asesinar a traición a tres de mis hombres? Qué cierto es lo que se dice de que “el crimen siempre se vuelve contra el criminal”. ¡Bandido! ¡Ya puedes dar gracias a Dios de que los hayamos encontrado aún con vida! Y ahora, mírate bien: cargado de cadenas, humillado, más arrastrado que un perro sarnoso: ¿dónde están tus soldados? ¿dónde tu reino? ¿dónde tus tesoros?

– ¡Pues al diablo con todos! ¡A mí qué me importa! –repuso el inmundo Mangoberto– Me basta y me sobra con haber obedecido fielmente las órdenes de Su Beatitud Yauán.

– ¡Ah, canalla! –se indignó El-Zâher– ¿Todavía le das el título de Beatitud a ese Yauán que ha destruido tu país? ¿a ese repugnante miserable, engendro de cuarenta monjes? ¿a ese perro, hijo de perro, hijo de puta?

– Eso que acabas de decir, rey, harías mejor en tragártelo, porque si no, la tierra bien podría abrirse bajo tus pies y el mar engullirte –prosiguió Mangoberto en el mismo tono–. Y que sepas que mis bienes, mi vida y todo mi reino, es una ofrenda que hago gustoso a Su Beatitud.

– ¡Ya es suficiente! –estalló el sultán fuera de sí– ¡Verdugo, tráeme la cabeza de ese miserable!

Saad se precipitó rápidamente sobre Mangoberto, le arrojó sobre el tapiz de sangre y comenzó a vendarle los ojos; en ese momento, la mirada del *babb* derrotado se cruzó con la de Constantino. Éste, se levantó enseguida y se arrojó a los pies del sultán.

– ¡Piedad, mi señor! –le imploró.

– ¿Qué es lo que quieres, Constantino?

– Oh rey, te suplico que aceptes mi intercesión, y perdones la vida a Mangoberto. Si te pido esto, no es por compasión hacia él, sino porque, a pesar de todo, es mi tío, el hermano de mi madre; sería deshonroso para mí dejar que lo ejecutaran sin decir nada. Además, si lo matas, no harás más que seguirle hasta donde él te quiere llevar; pues es evidente que ha escogido la muerte como algo preferible a la situación en que ahora se encuentra: de no ser así, no te habría respondido en ese tono. Permítaseme que haga esta humilde sugerencia a

nuesto señor el sultán: si tú ordenas su ejecución, no morirá más que una vez; pero, si le despojas de sus ricas vestiduras, le castigas con quinientos bastonazos, y le dejas que se vaya al diablo para que mendigue a lo ancho y largo de los caminos, y conozca la miseria después de la opulencia; ¡por tu cabeza, te juro que eso le resultará más doloroso que la misma muerte!

– Vive Dios, oh, Servidor de los Santos Lugares; ese sí que es un excelente consejo –le susurró al oído el visir Shâhîn.

– A fin de cuentas, tu consejo no está nada mal –asintió el sultán– ¡Que vayan a buscar el cepo de los bastonazos!

Trajeron el cepo y sujetaron en él los pies de Mangoberto. Por orden del rey, le dieron mil bastonazos, tan bien propinados, que el desgraciado perdió el conocimiento. Luego, despojado de sus ricas vestiduras, apenas vestido con una camisa de tela de saco, la cabeza al descubierto y descalzo, fue conducido ante el rey, que le escupió a la cara:

– ¡Maldito perro! –le dijo–, ¡Todos estos castigos que te he infligido, no son nada en comparación con los que tú hiciste sufrir al capitán Ibrahim, hijo de Hasan El-Horâni! Y ahora ¡Vete a pasear tu miseria a las tierras de los francos!

Arrojado fuera de la vista del sultán, Mangoberto se marchó, deseando ardientemente la muerte. Según se dice, poco después encontró a Yauán y, en su compañía, se dedicó a visitar a todos los reyes francos, pidiendo fondos, de tal modo, que, al cabo de varios años, consiguió reunir una importante suma. Más adelante, aparecerá de nuevo y hará reconstruir su capital; pero ya hablaremos de todo esto.

Una vez que el sultán se deshizo de Mangoberto, el rey ordenó que trajeran a Dukás; después de insultarle a más y mejor, y de escupirle en la cara, le condenó a recibir quinientos bastonazos; luego, se lo confió a Massud Beg, que lo hizo encerrar en las mazmorras de Bursa; también nos lo volveremos a encontrar en próximas aventuras.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.25 – La parte de Ibrahim